

Petronio la coronación imperial, habiendo Carlos V elegido este día, por ser el de su cumpleaños, y en el que años antes habían obtenido sus tropas la victoria de Pavía (1).

Exceptuado sólo el sitio tradicional, observáronse en el solemne acto, con la más minuciosa exactitud, todas las otras ceremonias. En San Petronio se habían remedado cada una de las particulares capillas de la iglesia de San Pedro, y hasta la losa circular de pórfido (rota porphyrea); de suerte que podían hacerse todas las cosas como si la solemnidad se celebrara en la iglesia que conserva el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Un puente de madera, adornado de tapices y guirnaldas, y bastante alto para poder pasar por debajo los carruajes, conducía desde el palacio á la iglesia, la cual estaba engalanada con los más preciosos tapices de Flandes. 400 lansquenets custodiaban el puente, y en la plaza se habían colocado 2,000 españoles con 10 cañones, y asimismo las puertas de la ciudad estaban custodiadas por lansquenets y españoles.

A las nueve de la mañana el Papa se hizo conducir á la iglesia, llevando un manto bordado de oro y adornado con piedras preciosas, y en la cabeza la triple corona; seguíanle los cardenales y toda su corte. Entretanto habíanse reunido junto al Emperador, en palacio, todos los dignatarios seculares, ataviados todos, principalmente los grandes de España, con los más preciosos arreos. Los pajes y los servidores del Emperador abrían la marcha; luego seguían los nobles, los Guardias de Corps imperiales, y todos los diplomáticos. Delante del Emperador iban el marqués de Montferrato con el cetro de oro, el duque de Urbino con el estoque, el joven conde palatino Filipo, sobrino del Elector, con el globo imperial, y el duque de Saboya con la regia corona. Carlos V ceñía sus sienes con la corona lombarda, llevando á la derecha al cardenal Salviati y á su izquierda al cardenal Ridolfi, y le seguían los condes de Lannoy y Nassau y gran número de nobles, principalmente españoles.

Delante de la iglesia, á la derecha mano, se había erigido una capilla de madera, que debía representar la de Santa María in Turri, de Roma; y luego que el obispo de Malta hubo leído allí la bula pontificia referente á la coronación, prestó Carlos V, so-

(1) Hay que notar aquí como una curiosidad, que Fontana, Renata, I, 135 traslada la coronación imperial al 7 de Febrero.

bre el libro de los Santos Evangelios, que le puso delante el cardenal Enkevoirt, el juramento de ser siempre fiel amparador de la Santa Iglesia Romana; después de lo cual, fué recibido en el Cabildo de San Pedro. Apenas había don Carlos pasado el puente de madera, cuando se derrumbó una parte de él; pero, á pesar de este peligroso accidente, conservó el Emperador su tranquilidad, y se hincó de rodillas en el portal de la iglesia donde dos cardenales recitaron las oraciones de rúbrica. Luego condujeron al monarca á otra segunda capilla, á que se había dado el nombre romano de San Gregorio, donde se le vistió una túnica de diácono y una capa pluvial sembrada de perlas, rubíes y diamantes; después de lo cual se dirigió á la rota porphyrea, y luego á una imitación de la Confesión de San Pedro, y, finalmente, á otro aposento que representaba la capilla de San Mauricio de Roma, donde debía ser ungido con el óleo santo. Entretanto se había promovido un violento altercado entre los representantes de Génova y Sena por motivos de precedencia, y no pudo continuarse la ceremonia hasta haberse zanjado la dificultad.

El mismo Clemente celebró la misa solemne, en la cual, después de la Epístola, se ciñó á Don Carlos la espada, y luego recibió asimismo de manos del Papa el globo imperial, el cetro, y finalmente, la corona del Imperio, diciéndole el Sumo Pontífice estas palabras: «Recibe el signo de la gloria y la diadema del Reino; la corona del Imperio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; para que, menospreciado el antiguo enemigo y toda suerte de vicios, vivas justa, misericordiosa y piamente, con el fin de que puedas recibir algún día, de Nuestro Señor Jesucristo, la corona del Reino eterno.» Antes del ofertorio ofreció el Emperador las 30 monedas de oro acostumbradas, y ejerció el oficio de diácono, sirviendo la patena con la hostia, y el urcéolo con agua, «con tanta compostura y edificación, que todos los presentes se maravillaban y gozaban, porque lo hacía como si por mucho tiempo se hubiera ejercitado en aquellos ministerios, y hubiera tenido largo uso de ellos». Después de haber recibido la sagrada Comunión, besó Don Carlos el rostro del Papa, y luego recitó éste la tradicional fórmula de la bendición. Ambos Cabezas de la Cristiandad salieron juntos de la iglesia, con todo el ornato de sus dignidades; y por más que el Papa se lo defendía, no quiso el Emperador dejarse quitar el

oficio de tenerle el estribo, y conducir algunos pasos la hacanea del Romano Pontífice; y luego, con juvenil agilidad, montó en su corcel.

Siguióse la gran cabalgata: bajo el mismo palio de oro resplandecían, como dice un contemporáneo, aquellas dos grandes lumbreras del mundo, como el sol y la luna; en la comitiva, cuyo magnífico espectáculo se apresuraron á perpetuar los artistas de la época, se veía en primer lugar el estandarte de la cruzada, luego las banderas de la Iglesia y del Papa, después las del Imperio, de la ciudad de Roma, de Alemania, España, del Nuevo Mundo, de Nápoles y Bolonia. Los tesoreros arrojaban monedas de oro y de plata entre la inmensa muchedumbre de pueblo que llenaba todas las calles. En San Domenico, el Papa se separó de la comitiva, mientras el Emperador, sentado en un trono, armó caballeros á unos cien nobles; y hasta las cuatro de la tarde, no pudo Carlos V, á quien sus tropas aclamaban jubilosamente, retirarse á sus habitaciones. Formó el final de aquella fiesta el banquete de la coronación (1).

Llegada la noche se encendieron en todas partes alegres foga-

(1) La fuente principal acerca las solemnidades de la coronación del emperador es el *Diarium* del maestro de ceremonias del Papa, Blasius de Martinellis, cuyos principales pasajes ha comunicado Raynald, 1530, n. 17 s. Giordani para su narración, 111 ss., ha aducido otras muchas relaciones en parte ya raras é inéditas; aquí (Doc. 176 ss.) se halla también reimpressa la *Lettera inédita* del Bolognese Ugo Boncompagni [más tarde Papa Gregorio XIII] nella quali si describe la incoronazione di Carlo V, publicada en Bolonia ya en 1841. Han quedado desconocidas de Giordani la relación alemana, de que se aprovechó Bucholtz, III, 441 s., y dos fuentes, que hasta hace poco no eran accesibles: 1.^a la *Cronaca*, 207-223 editada por Romano, y 2.^a las relaciones contemporáneas, en parte muy interesantes, que se hallan en Sanuto, LII, 624 ss., 628 ss., 638 ss., 640 ss. La extraña afirmación de Guicciardini (XX, 1), de que la coronación se celebró con *piccola pompa e spesa*, ya la ha refutado Giannone, XXXI, 6; cf. también Giordani, App. 73. Esta esmerada colección ha dado también mucho lugar á las representaciones gráficas del grande acontecimiento (App. 117 y Doc. 69 ss., 165 ss., 175 ss.). La más hermosa de estas representaciones, que todavía se halla muy bien conservada y ha sido grabada muchas veces, es el cuadro de la Cabalgata que pintó en el palacio Ridolfi de Verona, el veronés Domenico Ricci, llamado Brusaforci; cf. G. B. da Persico, *Descriz. di Verona I*, Verona 1820, 181 s. La representación de la Cavalgata de Hogenberg (cf. Blanc, *Bibliographie*, I, 597, 604, 612) ha sido editada recientemente, aunque sólo en 250 ejemplares: *The Procession of the Pope Clement VII and the Emperor Charles V after the Coronation at the 24 Febr. 1530. Designed and engraved by Nic. Hogenberg, and now reproduced in facsimile with an historical Introduction by W. St. Maxwell. Edinburgh 1875.*

tas, y el duque de Milán, á pesar de que yacía enfermo, hizo se continuaran por tres días estas demostraciones de gozo. El 1.^o de Marzo se publicó una bula pontificia, declarando la completa validez de la coronación, como si se hubiera celebrado en la misma Roma, y renovando la dispensa para que Carlos pudiera juntar la posesión de Nápoles con la dignidad imperial (1).

Como los florentinos perseveraran inflexibles en su resistencia, vióse Clemente VII necesitado á hacer al Emperador todavía otras dos importantes concesiones: la primera el nombramiento de tres cardenales gratos á Don Carlos, cuya publicación se hizo á 19 de Marzo, y fueron: el obispo de Trento Bernardo Cles, por quien hacía ya mucho tiempo se venía afanando Burgo (2), el confesor de Don Carlos, García de Loaysa; y el saboyano De Chalant (3). Incomparablemente más costó al Papa, otorgar el permiso para que Alfonso de Ferrara pudiera ir todavía á Bolonia; pero por fin condescendió también en esto (4), bien que prohibiendo toda solemnidad en la entrada del Duque (5). Clemente VII exigió de nuevo la devolución de Reggio, Módena y Rubbiera; y finalmente se convino, á 21 de Marzo, en que Alfonso entregara Módena al Emperador, el cual, en el término de seis meses, habría de dictar una sentencia definitiva sobre la posesión de las tres ciudades y el pago del censo por Ferrara (6). Con esto Carlos V, que todavía no se sentía enteramente seguro

(1) Raynald, 1530, n. 46 ss. Aquí también está la segunda bula de 1 de Marzo sobre la confirmación que, con asentimiento de los cardenales, se hizo de la elección del emperador y la efectuada coronación.

(2) V. las *relaciones de A. da Burgo de 15 de Octubre de 1529, de 4 de Enero y 12 de Febrero de 1530, existentes en el *Archivo privado, de palacio y público de Viena*.

(3) Además, fué también nombrado el español Zúñiga el 9 de Marzo según las *Acta consist. del vicedanciller, pero todavía no fué publicado. Para no lastimar demasiado á Francisco I, nombró Clemente VII el 19 de Marzo un cardenal francés: F. de Tournon; v. Ciaconius, III, 506 ss., 518.; Novaes, IV, 115 s. Cf. la *relación de A. da Burgo de 9 de Marzo de 1530 (*Archivo privado, de palacio y público de Viena*) y el **Diarium* de Blasius de Martinellis, loc. cit.

(4) La resolución acaeció el 27 de Febrero; cf. la *relación de A. da Burgo de 27 de Febrero de 1530, loc. cit.

(5) **Et licet instantiam fecerit, ut sibi honor fieret in introitu, papa dene-gavit; ille autem noctis tempore ingressus magna quidem nobilium suorum comitiva.* Blasius de Martinellis, **Diarium*, loc. cit. Cf. Romano, *Cronaca*, 223 s., 229. El **Salvocondotto* de Clemente VII para Alfonso, fechado en Bolonia á 2 de Marzo de 1530, se halla en el *Archivo público de Módena*.

(6) Molini, II, 295 ss. Sanuto, LIII, 67. Muratori, Ant. Esten. II, 237.

del Papa (1), obtuvo un influjo decisivo en la suerte de los Estados de la Iglesia; y para el mismo fin sirvió también el extraño favor que concedió al duque de Urbino (2).

También por otros medios supo Carlos V, con una habilidad consumada, extender su poderío (ya establecido firmemente en Italia por la posesión de Nápoles y la dependencia del duque de Milán) obligando á los pequeños Estados italianos. Para ganarse enteramente á Alfonso, le concedió la investidura del condado de Carpi, que se había quitado á Alberto Pío, en castigo de su adhesión á Francia. Al duque de Saboya, su cuñado, que se había hallado también en Bolonia, le dió Asti; al marqués de Mantua concedióle la dignidad de Duque; y fuera de esto podía también contar seguramente con las Repúblicas de Sena, Lucca y Génova. Hacía siglos que ningún Emperador había alcanzado tan gran poder en Italia (3); y substancialmente quedaba suprimida la independencia nacional del país. La culpa de esto recayó, no en su menor parte, sobre Clemente VII (por más que puedan alegarse en justificación suya muchas circunstancias), por haber hecho finalmente la paz con Carlos V; bien que no fué el Papa el único responsable: todos los jefes de los Estados italianos, sin excepción, habían contribuído á que la hermosa Italia cayera bajo el yugo extranjero de los españoles (4). Pero en la actual situación de las cosas, no fué esto en ninguna manera una desdicha; pues, en otro caso, aquel país hubiera caído en poder de los turcos (5), cuyo auxilio habían invocado, no sólo Venecia, sino también Florencia (6).

(1) Cf. la carta de Carlos V á Fernando I de 11 de Enero de 1530, citada arriba p. 31, not. 3.

(2) Francisco María llegó á Bolonia el 22 de Febrero de 1530 (Giordani, 106 ss.). «Con el intento de disolver la unión y cohesión territorial de la monarquía del Papa, observa con verdad Brosch, I, 115, consintió también Carlos con manifiesto gozo en el reconocimiento del duque de Urbino, aunque aparentó que se había decidido á ello por las importunas instancias de Venecia.»

(3) Ranke, *Deutsche Gesch.* III^o, 160 s. Sismondi, XV, 473 s. Sobre el viaje del duque de Saboya á Bolonia, v. Romano, *Cronaca*, 196 s. La concesión del título de duque á Federico Gonzaga lleva la fecha de 8 de Abril de 1530. v. Volta, *Storia di Mantova*, II, 352; C. d'Arco, *Studi intorno al municipio di Mantova* IV, Mantova 1872, 38; Davari en el *Giorn. ligust.* 1890, 467.

(4) Reumont, III, 2, 237 s.; cf. Balan, *Clemente VII*, 127 s., 129.

(5) V. *Histor. Zeitschr.* N. F. XIV, 273.

(6) Por lo que toca á Venecia, v. arriba p. 31. Respecto de los florentinos, v. Capello en Albèri, *Relaz.*, 2. Serie, I, 279.

Bien podía Carlos V estar satisfecho cuando, á 22 de Marzo, salió de Bolonia para dirigirse á Alemania (1); pero no así el Romano Pontífice (2). Verdad es que los Estados de la Iglesia quedaban substancialmente restablecidos; pero, en muchos conceptos, bajo la dependencia del Emperador. Más todavía que esto, afligía á Clemente VII no hallarse todavía sometida Florencia. Cuando se dirigió á Bolonia, había esperado la pronta sumisión de los florentinos; y durante su estancia en la mencionada ciudad, su impaciencia había ido creciendo de día en día (3). Mas ahora, después de cinco meses, el ánimo heroico de los florentinos continuaba burlando todos los esfuerzos de los sitiadores. Refiérese haber concebido Clemente VII, contra el príncipe de Orange, la sospecha de que éste pudiera sorprenderle en Bolonia y amenazarle con un nuevo *sacco*, y que esta suspicacia aceleró su regreso (4). Púsose en camino en la mañana del 31 de Marzo, y en su viaje tocó en Urbino, Gualdo y Foligno. El 12 de Abril, hallábase ya de nuevo el Papa en Roma, donde hizo su entrada sin ninguna solemnidad (5).

Consumido de impaciencia esperaba Clemente VII de día en día la capitulación de los florentinos, los cuales se defendían con el valor de la desesperación (6). La guerra consumía sumas enormes, y amenazaba destruir irreparablemente la hacienda del

(1) Romano, *Cronaca*, 234 s.; cf. Gayangos, IV, 1, n. 273.

(2) Papa Clemente, dice Varchi, II, 37, trovandosi senza danari e senza riputazione, si partì tutto malcontento.

(3) V. Romano, *Cronaca*, 144.

(4) Según Negri, *Annali manoscritti di Bologna* (Giordani, Doc. 182 y App. 173), se deliberó en el consistorio acerca de este peligro, pero en las *Acta consist.* no se halla nada sobre esto; verdad es que han sido transmitidas muy incompletamente en la parte relativa á este tiempo. A. Soriano advierte en su relación de 23 de Marzo acerca de la súbita resolución del Papa de partirse (cuya causa no podía llegar á entender Salinas; v. Gayangos, IV, 1, n. 282 y 283): Ha dubito di qualche inconveniente atento le gente del campo voleno danari.

(5) Varchi, II, 37, cita el 9 de Abril, como día de la llegada del Papa; en cambio A. Soriano, publicado por Sanuto, LIII, 149, indica el 12. Yo prefiero esta última noticia, pues también la trae el *diario* que se halla en el Cod. Barb. lat. 3552 (*Biblioteca Vaticana*), y Varchi en las fechas es inexacto; así por ejemplo, cita (I, 447) equivocadamente el 25 de Octubre como día de la llegada de Clemente VII á Bolonia.

(6) Puede verse el mutuo encarnizamiento de los combatientes por el hecho de darse muerte á todos los presos; v. la relación de Capello, publicada por Albèri, *Relaz.*, 2. serie, I, 242.

Papa, cuyo estado era ya harto lamentable (1), mientras Clemente VII tenía que ocuparse al propio tiempo en someter al comendador de Farfa (2). Añadíase á esto el temor de que Francia é Inglaterra pudieran acudir en auxilio de los florentinos (3), y por otra parte, que se llegara en la ciudad del Arno hasta los mayores extremos, tomándola por asalto y entregándola al saqueo (4). Qué horrores hubieran de temerse en tal caso, dábanlo á entender las horribles devastaciones y crueldades cometidas por las feroces tropas del ejército sitiador (5). Con el temor del Papa se juntaba la conciencia de los graves reproches que muchas personas le dirigían por su infeliz empresa; y como el embajador francés, Gabriel de Gramont, obispo de Tarbes, expusiera todas estas cosas al Papa en Abril de 1530, exhortándole urgentemente á ceder, prorrumpió Clemente VII con desesperación: «¡Quisiera que nunca hubiese existido Florencia!» (6)

Y aquella Florencia continuaba, á pesar de todo, resistiéndose. Así pasó Mayo, así Junio y Julio, sin que ni los enemigos exteriores, ni las internas discordias, ni el hambre ni la peste, pudieran quebrantar la desesperada resistencia de los florentinos, los cuales estaban resueltos á las más extremas resoluciones, y antes

(1) Cf. Sanuto, LIII, 330, como también las *relaciones de A. da Burgo de 26 de Junio, 12 de Julio y 30 de Agosto de 1530 (*Archivo privado, de palacio y público de Viena*) y Gayangos, IV, 1, n. 319, 349, 352, 356, 361, 363, 374, 398, 404, 418, 420, 428, 452, 476, 535, 567.

(2) A. da Burgo notifica desde Roma en 13 de Junio de 1530: *S. S^{ta} ita laborat in impensa magna huius expeditionis Florentinae quod vix providet in victu curiae suae. En 3 de Julio da cuenta Burgo de una conversación con el Papa, quien hizo notar que en sus apuros rentísticos, ya no sabía qué hacerse (quo vertere caput), quia in illa necessaria expeditione Florentina usque nunc expendit supra septem centum millia ducatorum, quam speraverat posse finire cum 80000. Las dos *cartas se hallan en el *Archivo privado, de palacio y público de Viena*. Según los datos de Soriano (Albèri, Relaz., 2 serie, III, 312), las costas totales ascendieron á 1900000 florines de oro; cf. la noticia tomada de los *Mandati del *Archivo público de Roma*, y publicada en el *Archivio*, IV, 112 ss., de Gori.

(3) Cf. acerca de esto Gayangos, IV, 1, n. 319, 320, 349, 361 y las *relaciones de A. da Burgo, fechadas en Roma á 26 de Junio y 12 y 23 de Julio de 1530. *Archivo privado, de palacio y público de Viena*.

(4) Cf. Gayangos, IV, 1, n. 342, 356, 374, 560.

(5) Trae pormenores sobre esto el *Diarium de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(6) Il me dist qu'il estoit contant que Florance n'eust jamais esté. Relación de Gramont á Francisco I, escrita en Roma por Abril de 1530, y que se halla en el *Arch. stor. Ital.*, App. I, 476.

querían entregar la ciudad á las llamas, que caer en manos de los Médici (1); y hasta se dice haber concebido el plan de envenenar al Papa (2).

No se produjo en esto una mudanza decisiva, hasta haber fracasado el intento heroico de Francesco Ferruccio para hacer levantar el sitio (3). A 3 de Agosto se entabló en Gavinana, en los montes de Pistoia, un combate en que hallaron la muerte Ferruccio y también el príncipe de Orange (4). Florencia, terriblemente

(1) V. Capello en Albèri, Relaz., 2 serie, I, 306. Cf. arriba p. 35.

(2) Sanuto, III, 299-300, 302, 367. Lanz, I, 390. Heine, Briefe, 12 s. Cf. de Leva, II, 631; Robert, 391 s. Hiciéronse pesquisas acerca de esto, pero no se halló ningún fundamento seguro para proceder adelante; v. Ehses en la *Röm. Quartalschr.*, XVIII, 360.

(3) La vida de este general, á quien Cipolla, 962, compara con los generales del primer tiempo de la revolución francesa, la escribió Fr. Sasseti, y se halla publicada en el *Arch. stor. Ital.*, 1, serie IV, 2, 467 s.

(4) V. Alvisi, La battaglia di Gavinana, Bologna, 1881, y D. Cini, La battaglia di Gavinana, Firenze, 1890; cf. además de Blasiis, Maramaldo, III, 367, y Fr. Ferruccio e la guerra di Firenze, 1529-1530, racc. di scritti e doc. rari ed. F. Curzio, Firenze, 1890, y Robert, 423 s. Clemente VII recibió la noticia de la batalla en la tarde del 5 de Agosto; v. la *relación de A. da Burgo de 5 de Agosto de 1530, que se halla en el *Archivo privado, de palacio y público de Viena*. La tentativa de Alvisi por vindicar el honor de Maramaldo, ha sido refutada por Villari (*Rasseg. settim.* VIII, 278, y repetidas veces en *Arte, storia e filosofia*, Firenze, 1884), Renier (*Preludio*, V, 237) y Luzio (*Maramaldo*, 32 ss.); es cosa segura que Maramaldo mató á Ferruccio hecho prisionero; cf. también Balan, Clemente VII, 168, nota 1; G. Sforza, F. Maramaldo, Parma, 1898, y Rodoni, L' animo e la fama di F. Ferruccio, Firenze, 1899. En Nápoles substituyó á Orange el cardenal P. Colonna, á quien por otoño de 1528, ya se había profetizado la dignidad de virrey (Sanuto, XLVIII, 543). A esto se refiere un *breve de Clemente VII al cardenal Colonna, fechado en Viterbo el 22 de Septiembre de 1528, en el cual se alegra el Papa de que el cardenal vaya á Nápoles; dice que sin duda recibirá del emperador una elevada colocación, y añade que Girolamo Rorario le comunicará más particulares (hay una copia de este breve en el *Archivo Colonna de Roma*, Brevi n. 69). El cardenal Colonna murió á fines de Junio de 1532, no de veneno (v. Reumont, Caraffa, II, 35). Las razones en contra que alega Aida Consorti (El card. P. Colonna, Roma, 1902, 112), nada prueban. Cf. en el apéndice, n.º 140, la *carta de F. Peregrino, de 29 de Junio de 1532 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Parece que Colonna hizo diligencias para envenenar á Clemente VII. Blasius de Martinellis refiere lo siguiente acerca de esto: *Circa principium Augusti [1532] decretum fuit et diffamatum, qualiter card. de Columna coniuraverat in mortem pontificis in die assumptionis b. Mariae de mense Augusti praesentis. Propter hoc d. Innocentius, secretarius d. cardinalis, incarceratus, deinde quidam Augustinus de Monteferrato et successive r. d. archiepisc. Surrentinus [F. Strozzi], qui est Florentinus, similiter retenti et incarcerati. D. D. Bernardus de Alexandris ob timorem talis materiae aufugit et contra eum proceditur. Cod. Barb. lat. 2799 de la *Biblioteca Vaticana*. Fué nombrado ahora virrey Pedro de Toledo, el cual contribuyó

afligida por la peste y por el hambre, no podía defenderse más tiempo; Malatesta Baglione, que ejercía desde principios de año el mando superior de las tropas florentinas, se opuso á una resistencia ulterior, llegando á dirigir su artillería contra la ciudad. El 12 de Agosto se concluyó una capitulación definitiva, en virtud de la cual el Emperador había de determinar, en el plazo de cuatro meses, la constitución de la ciudad «conservando sus libertades»; los desterrados habían de regresar; se pagarían 80,000 escudos al ejército imperial y pontificio, y el distrito de Florencia quedaría sin menoscabo. Concedióse también una completa amnistía á todos los que se hubiesen desmandado contra la Casa de Médici (1).

más que otro alguno á la consolidación de la dominación española en Nápoles, como asimismo al embellecimiento de la ciudad. Además de Giannone, cf. especialmente Reumont, Caraffa, I, 49 s. El cargo de vicescanciller lo obtuvo Hipólito de' Médici; v. la *bula, fechada en Roma en 1532, V Non. Julii [= 3 de Julio], la cual está firmada por Clemente VII y 24 cardenales, y se halla en Regest. 1440, f. 268^b s. del *Archivio segreto pontificio*.

(1) Varchi II, 137 ss. Fossati-Falletti, Assedio I, 458 ss. Cf. también Ranke, Studien 373. Clemente VII, envió á Domenico Centurione para Malatesta con un breve de 13 de Agosto de 1530, para darle las gracias por haber preservado á la ciudad del saqueo (este breve y otro segundo, de 23 de Agosto, se hallan en Varchi II, 149-150). El temor de un saqueo de Florencia fué la causa, como pondera Reumont, Toskana I, 29, de las negociaciones de Clemente VII con Malatesta, «quien, si no cometió una manifiesta traición, en el sentido y forma que muchos le imputan, como quiera que sea, hizo cuanto estuvo en sus fuerzas para poner límites á la resistencia de los sitiados, con el fin de impedir la última batalla decisiva». Cf. además Balan, Clement VII, 171, not. 1. Para dilucidar la cuestión tocante á la conducta de Malatesta, son importantes las cartas de Ferrante Gonzaga á su hermano Federico, que comunica Varchi. Ranke, Zur Kritik *84, ha dudado de su autenticidad; pero sin motivo, como lo prueba Reumont, en una crítica que yace en inmerecido olvido (Allg. Zeitung 1875, Nr. 103 Beil.). Varchi trae sólo fragmentos de las cartas; éstas han sido publicadas enteras por primera vez, según un manuscrito de Strozzi de la Magliabechiana, por Albèri, Docum. sull' assedio di Firenze, Firenze 1840, 307 ss., y con texto más correcto por Capponi III, 377 ss. El breve que Clemente VII dirigió á Orange en 4 de Agosto (el cual se halla en Fontana, Renata I, 460-461) hace mención de una inteligencia de Malatesta con este último. Sanesi (Arch. stor. Ital., 5 Serie, IX, 67 ss.) muestra que Malatesta, al irse de Florencia, no fué gratificado, sino sólo se le dió lo que pidió, para deshacerse de él. Sobre la cuestión de la culpa, dice Sanesi: Nessun dubbio ch' egli tradì. Sobre las ulteriores comunicaciones de Clemente VII con Malatesta, al irse de Florencia, no fué gratificado, sino que se le dió lo que pidió, para deshacerse de él. Sobre la cuestión de la culpa, dice Sanesi: Nessun dubbio ch' egli tradì. Sobre las ulteriores comunicaciones de Clemente VII con Malatesta, que murió ya en 24 de Diciembre de 1531, v. Vermiglioli, Vita di Malatesta doc. xxx ss. y Balan, loc. cit., 174, 177 s.

Después de haberse retirado Malatesta á 12 de Septiembre, 200 lansquenets á las órdenes del conde de Lodron, guarnecieron la ciudad, en la cual comenzó entonces á encrudelecerse contra sus enemigos el partido de los Médici, con vergonzoso quebrantamiento de la capitulación. Carducci, Bernardo da Castiglione y otros cuatro miembros del anterior gobierno, fueron decapitados, y decretáronse numerosos destierros y confiscaciones de bienes (1). El dominico Benedetto da Fojano, que se había desmandado gravemente contra la persona del Papa, fué enviado por Malatesta á Roma, donde Clemente VII, si hemos de creer á Varchi, hizo encerrar á aquel desgraciado en los inmundos calabozos del castillo de Sant-Angelo, en los cuales se consumió lentamente reducido á pan y agua (2).

Al principio había permitido el Papa que gobernasen á su arbitrio, en la tan gravemente afligida ciudad del Arno, Bartolomé Valori, Francisco Guicciardini y Roberto Acciaiuoli; pero luego tomó él mismo en sus manos la dirección de los negocios. A Valori se dió el Gobierno de la Romaña, á Guicciardini el de Bolonia, y se envió á Florencia á Schönberg en Febrero de 1531 (3).

El Emperador no se apresuró en manera alguna en la resolución de los asuntos de Florencia; antes bien dejó transcurrir casi un año entero sin satisfacer á los deseos del Papa, cada día más impaciente; y hasta el verano del año de 1531 no expidió el decreto que concedía á los Médici «un género de presidencia hereditaria» en la «República» de Florencia, pero contenía al propio tiempo la renovación del alto dominio imperial sobre la ciudad. Con este decreto se presentó en Florencia Alejandro, en Julio de 1531 (4); mas al siguiente año, alcanzó Clemente VII se suprimieran las formas republicanas, que en aquella constitución había dejado subsistentes el decreto imperial; y también en esto proce-

(1) Cf. Rastrelli, Alessandro de' Médici I, Firenze 1781, 221 s., Reumont, Toskana I, 30 ss.; Bardi en el Arch. stor. Ital., 5 Serie, XIV, 9 ss.; Rossi, Guicciardini I, 223 s., 231 s.

(2) Varchi II, 154; cf. Balan, Clemente VII, 173, not. 2.

(3) Reumont, Toskana I, 31-32. Perrens III, 351 ss. Sobre el nombramiento de Guicciardini para vicelegado de Bolonia, v. Rossi en el Arch. stor. Ital., 5 Serie, V, 51 s. y Guicciardini, Op. I, 269 s.

(4) V. Dumont IV, 2, 72 ss.; Rastrelli I, 75 ss., Reumont I, 34 s.; Ranke, Studien 378; Perrens III, 357 ss.

dió, según la conocida frase de Varchi, tirando la piedra y escondiendo la mano. A 27 de Abril de 1532 se publicó la nueva constitución, por la cual Alejandro de' Médici fué nombrado duque de Florencia, con derecho de hereditaria sucesión; mas á pesar de esto, continuó dirigiendo propiamente el gobierno Clemente VII (1).

(1) Cf. Reumont I, 37 ss.; Perrens III, 368 ss.; Capponi III, 327; Rossi, Guicciardini II, 34 s. 60.

CAPÍTULO VIII

La escisión religiosa en Alemania y la cuestión del Concilio, hasta la paz religiosa de Nuremberg de 1532

Las graves complicaciones políticas que llenaron los seis primeros años del reinado de Clemente VII, tuvieron de rechazo un decisivo influjo en que continuara extendiéndose la herejía luterana en los diferentes países alemanes.

Luego después de su elección, recibió acerca de esto el Papa muy intranquilizadoras noticias; el número de los novadores aumentaba continuamente, y por efecto del gran progreso que había hecho en el Imperio la descentralización, no podía pensarse en una ejecución general del edicto de Worms (1). Así que, ya en su primer consistorio, celebrado á 2 de Diciembre de 1523, habló Clemente de los peligros que amenazaban á la Cristiandad, tanto por parte de los turcos como también de los luteranos (2); y, de conformidad con la propuesta del Papa, se nombró una comisión de cardenales, así para el uno como para el otro de estos

(1) Cf. la *carta de V. Albergati, fechada en Roma á 24 de Noviembre de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. Acta consist. en Kalkoff, Forschungen 86. En un *breve al cardenal Lang, fechado á 1 de Diciembre de 1523, expresaba Clemente VII, la esperanza que tenía puesta en la ayuda del cardenal contra la herejía de Alemania: ut Germania, fortissima et piissima semper provincia et Rom. Imperii sedes incluta, his venenis, quibus inficitur, libera christiano candori tua quoque praestanti opera restituatur. Arm. 39, vol. 43, n.º 8. *Archivo secreto pontificio*.